

ILUMINAR LA REALIDAD CON OTRA LUZ

Giovanna Pollarolo (*)

Carver y los otros

El nombre de Richard Ford apareció junto al de Tobías Wolff, con Raymond Carver a la cabeza, a principios de los ochenta. Los tres, entre otros menos conocidos, fueron catalogados como fundadores del «realismo sucio»; también los llamaron «minimalistas». La crítica vio en la obra de estos escritores, cuyos primeros relatos fueron publicados en la revista **Granta**, un aire de renovación ideológica y estilística que podría resumirse, en palabras del crítico Antonio Ortega: «un desvelamiento de la realidad tal como era, sin empeorándola añadidos de cualquier índole que tendieran a modificarla, ya fuera mejorándola o no con un; cierto aire desesperanzado y rutinario, evasivo; un ir y venir por lugares indeterminados, su modo de no estar en ningún sitio preciso; la relevancia del sexo, el alcohol y las drogas; o la presencia constante de situaciones y escenarios violentos, demasiadas veces gratuitos. Estas y otras características vinieron a otorgar argumentos a un modo de escritura que, en un principio, no parecía tenerlos muy claramente determinados». Como suele ocurrir, a los escritores no les gustan las etiquetas ni que alguien los haga formar parte de movimientos que no fundaron. Raymond Carver, refiriéndose a los tres, escribió en **Amistad**: «Durante algún tiempo los críticos y comentaristas de los diarios y revistas británicos los han estado llamando realistas sucios, pero Ford y Wolff y Carver no los toman en serio. Bromean al respecto así como bromean sobre muchas otras cosas. No se sienten parte de un grupo. (...) Sus libros no son muy semejantes –al menos eso me parece a mí– pero lo que la obra tiene en común es que es inusitadamente buena y que tiene alguna importancia para el mundo». ¹

Como muchos lectores, me acerqué primero a Carver porque sus cuentos fueron publicados antes que los de Ford (en Anagrama) y de Wolff (de quien he leído sólo una novela) y operaron en mí una conmoción que aún no olvido. No sabía nada del realismo sucio ni de lo que decían los críticos al respecto. Mi impresión fue que en

¹ CARVER, Raymond. **La vida de mi padre. Cinco ensayos y una meditación**. Editorial Norma. Bogotá, 1988. P. 106

los relatos de Carver la realidad se iluminaba de otra manera. Había una nueva manera de mirar lo mismo, una nueva manera de escribir, una voz que hablaba lo necesario con una honestidad pasmosa libre de toda retórica, una voz que sabía callar y trabajar los silencios, una voz sin estridencias, un narrador alejado de astucias narrativas y de las sorpresas engañosas tan caras a algunos. Con los cuentos de Carver me pasaba lo mismo que con la poesía: no podía explicarlos; y casi no soportaba leer las críticas o comentarios, ni tampoco hacerlos. Cada vez que me veía obligada a decir algo sobre sus libros, explicar por qué me gustaban, sentía que los empobrecía. Establecí con sus libros una suerte de amor enfermizo y clandestino; esa clase de amor que no tolera el espacio público ni mucho menos la confrontación con los otros, así que sufrí mucho cuando empezó a ser famoso y cada vez había más gente que lo leía e imitaba. Murió en 1988 y su viuda ha publicado todo lo que encontró en los cajones. El crítico español Roberto Fresán, a propósito de la publicación de los últimos cinco cuentos encontrados por la viuda que reunió en el volumen **Si me necesitas, llámame**, mordazmente anota: «Su título tiene algo de invocación espiritista pero, también, de acaso involuntaria ironía y acto fallido, porque está claro que no se ha dejado de llamar y de molestar al muy necesitado Carver desde su fallecimiento en 1988 con la ininterrumpida manipulación de su breve pero contundente obra, con el objetivo de exprimirle hasta la última gota de tinta (o de dólares)» y concluye con una evaluación que deja malparado al amado Carver: «No se trata aquí de cuestionar la importancia de Carver, pero sí, a la hora de ordenar como corresponde el “Canon Realista Sucio”, de empezar a reconocer que Tobías Wolff tiene mejor humor y más originalidad y que Richard Ford goza de una mayor profundidad y anchura y altura». Por supuesto que no está de más recordar el escándalo propiciado por su editor Gordon Lish, quien intentó demostrar (y para algunos lo consiguió) que fue él el verdadero creador del «estilo Carver». Uno se pregunta qué estaría escribiendo Carver de no haber muerto antes de cumplir los cincuenta años, habiendo ya alcanzado la fama, viviendo plácidamente junto a su amada Tess Gallagher, sin premuras económicas, libre del alcoholismo y lejos de su primera familia que tanto lo atormentó y que a la vez le brindó el material que generó sus historias. Pregunta vana, sin duda. Pregunta masoquista. En cualquier caso, la obra de Carver ya está concluida: es breve, está compuesta por unos pocos libros de poesía y cinco volúmenes de cuentos aparte de algunos ensayos. Poco, para lo que exigen estos tiempos que demandan más de una novela para alcanzar la consagración junto a una constante presencia en los medios: si hay disputas, polémicas y

escándalos, mejor aún. Así que a Raymond Carver, agotados ya sus manuscritos, sin poder explicar cómo fue su relación con Gordon Lish ni ofrecer nuevos textos que permitan mostrar su madurez narrativa o su evolución como escritor, pueden dejarlo descansando en paz tanto como a sus lectores, que podremos visitar y visitar sus relatos todas las veces que lo deseemos.

Richard Ford: de segundo a primero

El segundo puesto en esta «carrera de caballos» que imponen los críticos y reseñadores ávidos de novedades le había sido otorgado a Richard Ford. Muerto Carver, las expectativas de los defensores tanto como de los detractores del «realismo sucio» se centraron en este escritor nacido en Jackson, Mississippi, en 1944. Sus primeras novelas, **A piece of my heart** (1976) y **The ultimate good lucke** (1981), no fueron traducidas al castellano sino después de **Rock Spring** (1987), un conjunto de magistrales relatos reunidos en este volumen y que fue su primer libro publicado en España en 1990. Antes de **Rock Spring** había escrito su tercera novela **The sport writer** (1986) y años después, **Wildlife** (1990) que fueron rápidamente traducidas al castellano y marcaron un nuevo camino narrativo que lo alejaba sutilmente de aquello que se había etiquetado como «realismo sucio», y de sus compañeros de grupo, lo cual se evidenciaría con claridad en **Independence day** (1996), novela que tuvo la mala suerte de ser publicada el mismo año en que se estrenó la superproducción cinematográfica con el mismo nombre y que muchos piensan que es una adaptación, lo cual resulta, por decir lo menos, paradójico por cuanto nada más apartado del chauvinismo y simplicidad de ese mal filme que el espíritu de la novela de Ford. En 1997 publicó otro libro de relatos, **Women with men** (1997) y recientemente **In memorian** una novela que aún no ha llegado al Perú. Actualmente ya debe haber concluido **Grand**, un libro de relatos ambientados en Arizona en torno al Gran Cañón.

El encuentro con Frank Bascombe

Muchos comentaristas insisten en señalar que fue el encuentro de (con) Frank Bascombe, el protagonista de **Sport writer**, lo que permitió a Richard Ford desembarazarse de la carga que significaba la etiqueta de «realista sucio», o discípulo del fallecido Carver. Personalmente creo que a Ford nunca le pesó considerar a Carver como su maestro y que los relatos de **Rock Springs** proponen un universo inconfundible y con sello propio. No diría que son «carverianos» ni que intentan copiar un estilo ajeno. Pero

sí creo que con Frank Bascombe inicia una saga novelística que si bien recoge ese afán de iluminar ciertas zonas de la experiencia cotidiana y corriente, se afinsa en el mundo interior, en la conciencia que explora, reflexiona y opina no desde ese aire de superioridad y sabiduría que asumen algunos escritores sino desde las observaciones de un hombre más o menos atormentado, más o menos solo, más o menos feliz o infeliz que transita por las calles de su barrio en Haddam, New Jersey, las autopistas por las que viaja, los encuentros a lo largo de los días en los que transcurre su historia. Frank Bascombe tiene una biografía que relata en **The sport writer**: Iba a ser escritor pero decidió ser periodista deportivo. Se casó con X (así la llama) y tuvo tres hijos. La muerte repentina del hijo mayor trastoca su vida y se divorcia, pero continúa viviendo cerca de su ex mujer y de sus dos hijos. La narración comienza al amanecer de un Viernes Santo, que coincide con el cumpleaños de Ralph, (el hijo muerto) cuando Frank se reúne con X en el cementerio donde está enterrado el niño; más tarde toma un trago con Walter, miembro, como él, del Club de Divorciados de Haddam, y se entera de que su amigo es homosexual. Al día siguiente, sábado, viaja a Detroit con su nueva pareja y entrevista a un inquietante jugador de fútbol que ha quedado parálítico. El domingo, luego de almorzar con los padres de Vicki, ella le comunica que ha decidido terminar la relación. Una llamada de X le informa del suicidio de Walter y que debe identificar el cadáver. El epílogo de la historia está escrito varios meses después: la vida continúa como siempre, sin revelaciones asombrosas, sin grandes momentos estelares. En **Independence day**, Frank Bascombe tiene ya algo más de 40 años y se ha convertido en un agente inmobiliario. Pero no ha cambiado mucho: aunque ya no ejerce como periodista, lleva a cabo su nuevo trabajo en el mismo pueblo de Haddam, New Jersey; vive sin demasiados agobios en la casa que compartió con su ex-mujer, quien ahora tiene ya un nuevo marido, y mantiene una incierta y poco comprometida relación amorosa con Sally, una mujer divorciada de 42 años. Si la historia de **The sport writer** se desarrollaba durante los días de Semana Santa, la de **Independence day** transcurre en el largo fin de semana del 4 de julio de 1988. Esta vez Frank Bascombe ha planeado también un viaje, pero no con su novia como entonces, sino con su hijo Paul, a quien los años transcurridos han convertido en un adolescente conflictivo y problemático. Antes del viaje, Frank lleva a Joe y Phyllis Markham, una pareja empeñada en comprar una casa, a visitar una más, la última, pues luego de ver innumerables posibles viviendas no han encontrado ninguna que los satisfaga. Estos personajes inciertos, asustados ante la decisión que deben tomar

(comprar una casa no implica sólo comprar una casa) generan en Bascombe largas digresiones que ponen en cuestión su propia vida, su estar en el mundo, las decisiones que ha tomado y las que deberá tomar. Luego se ocupa de calmar a un socio que teme a las bandas de hispanos que merodean por unos puestos de comida y bebidas de los que es copropietario; más tarde se enfrenta a los inquilinos de unas casas de las que es dueño y finalmente se reúne brevemente con su nueva novia, quien no comprende la relación que ambos mantienen. Culminadas estas acciones, que en realidad no concluyen pues nada se resuelve y justamente por ello resultan inquietantes y consiguen revelar la fragilidad y los temores que nos acechan, la incertidumbre de nuestras vidas, inicia el viaje con su hijo, viaje que termina de una forma abrupta cuando el adolescente sufre un accidente al herirse en un ojo en una de las atracciones turísticas que visitan. Bascombe vuelve a su casa más o menos solo, más o menos infeliz. No ha pasado nada definitivo que cambie su vida; aunque mirado de otra manera, la realidad ha sido iluminada: Bascombe es un hombre de más de cuarenta años que empieza a aceptar que no todo es posible, que es necesario tomar algunas decisiones, que se empeña en ser un buen padre y que trata de aceptarse a sí mismo y a los demás. Un hombre que debe aprender, al igual que su atribulado hijo, que «de lo que carece, de hecho, es de independencia: independencia de todo lo que lo mantiene cautivo: recuerdos, historia, cosas malas que le han pasado, contra lo que lucha y no puede controlar, aunque siente que debiera hacerlo».²

En una reciente entrevista publicada en **La Nación**, Alfonso Armada le pregunta a Richard Ford por Frank Bascombe: «Anda rondando por este jardín. Estoy tratando de encontrarlo otra vez y hablar con él. Lo haremos dentro de poco. Sé que se va a quedar en Nueva Jersey. Sé bastantes cosas sobre su vida: tengo un gran sobre acerca de él, con cartas, notas, apuntes, llamadas telefónicas, mensajes. Estoy a punto de empezar a organizar todo ese material». ¿Qué sabe Richard Ford de Bascombe luego de transcurridos cuatro o cinco años? «Lo que ahora sé es que la continuación de la vida de Frank Bascombe va a estar ambientada en Nueva Jersey y que la novela va a transcurrir el **thanksgiving** (el día de Acción de Gracias), la gran fiesta del invierno. Sé mucho, pero hay algo que no he descubierto todavía».

² FORD, Richard. **El día de la independencia**. Anagrama. Barcelona, 1997. p.. 26

Me pregunto qué será de Bascombe ahora que tiene más de 50 años, si se ha vuelto aún más reflexivo que antes, si se ha deprimido o alegrado, si ha encontrado una mujer, si su hijo se ha reconciliado con la vida y es un adulto libre e independiente, objetivo que Frank se propuso ayudarlo a alcanzar, si finalmente se ha vuelto escritor o sigue vendiendo casas,si....si....Y comprendo por qué Richard Ford dice que «hay algo que no he descubierto todavía». Está buscando, está viviendo y preguntándose, como nosotros los lectores: preguntándonos por nuestras propias vidas y esperando que Frank nos ofrezca una revelación.

Epílogo

En este apretado e impresionista recorrido, me queda claro que en Richard Ford el paso del tiempo ha sido decisivo para su evolución como escritor, que la voz cada vez más protagonista de su personaje lo acerca a un estilo narrativo alejado de la acción aunque ello no implique que ésta no cuente, ni que pretenda convertirse en un autor que escribe novelas de ideas. Hay, sin duda, una ética en Bascombe/ Ford expresada en innumerables reflexiones, pero como bien lo señala el crítico Antonio Ortega se trata de «Reflexiones que aunque no procedan de un claro eje moral, se acercan mucho a la verdad que la realidad ofrece, consciente sobre todo de sus limitaciones y en definitiva bastante más sinceras. Ese mensaje no se nos da de un modo directo, es a través de la gente, de los personajes, como es posible reconocerlo».

Más allá de las etiquetas, más allá de la competencia, de las ociosas preguntas acerca de si Carver habría o no evolucionado como Ford, y por cuáles senderos, los lectores que nos enamoramos de él debemos agradecerle a Ford que nos mantenga expectantes a la espera de las epifanías que sabe desvelar, así como lo hace: sin hacer ruido, sin estridencias, sin poses ni escándalos. Y agradecerle por estas respuestas:

-¿Considera *El Día de la Independencia* su mejor libro?

-No. Pero fue muy bien recibido, vendió muchos ejemplares. Fue el primero de mis libros que se convirtió en un superventas en los Estados Unidos. Si fuera lo bastante inteligente, me pondría a escribir otro **best seller**, pero no lo voy a hacer.

-¿Siguen siendo útiles las novelas para la gente?

-No sólo eso, sino que también son una hermosa forma de arte. Claro que siguen siendo útiles. Sirviéndose de una lengua común, de lugares conocidos, de sucesos cotidianos, uno puede propiciar una nueva visión de la realidad, renovar la impresión del mundo, de la vida y fijar la atención del lector en aspectos inadvertidos.

Estas palabras las podría haber dicho Raymond Carver y pienso que, llámensele realistas sucios o minimalistas, es esta visión de la escritura lo que une a ambos escritores: su afán de iluminar la realidad con una luz distinta, de iluminar zonas que no vemos, de encontrar «epifanías» en hechos, imágenes o situaciones que sin su ayuda nos pasarían desapercibidos.

(*) Poeta, narradora y guionista de cine y televisión peruana. **Atado de nervios** es su último libro.